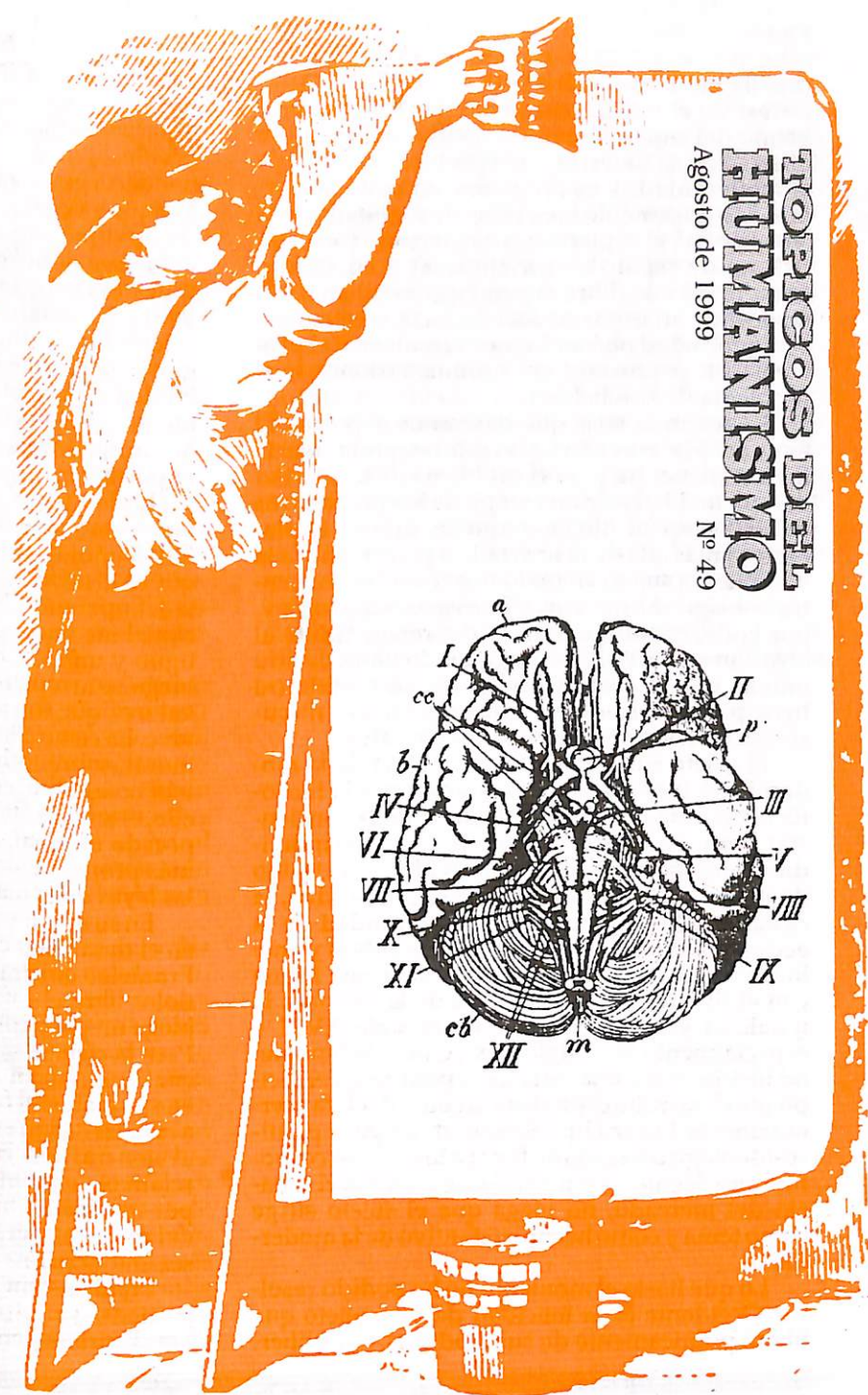
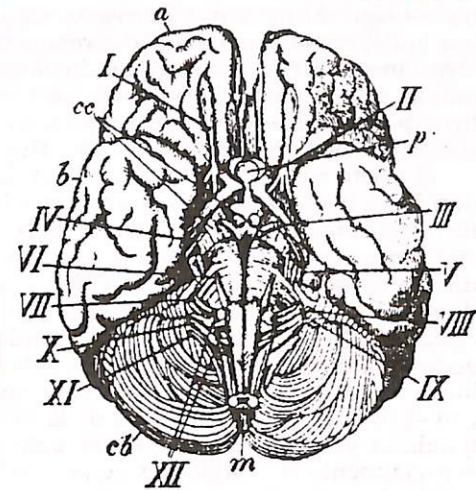




Dos acuarelas de **Fabio Herrera**: arriba "Limón", 1987 y abajo "Manuel Antonio", 1989.



TOPICOS DE
HUMANISMO
Agosto de 1999
Nº 49



CENTROAMÉRICA HACIA EL SIGLO XXI

Rodrigo Quesada Monge.
Historiador costarricense.

*«Es arrugadito El Salvador
si pretende plancharlo
el enemigo
se enrollará en su cuello
hasta asfixiarlo».*
Claribel Alegría.

UNA PRESENTACIÓN REQUERIDA

Hace veinte años se instaló en Costa Rica, la Secretaría General de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO). Ese fue realmente un acontecimiento de relevancia para la comunidad de los investigadores de la sociedad, los políticos y algunos intelectuales, que creyeron encontrar con dicha fundación un camino más claro hacia la solución de los serios problemas que aquejaban, en aquel momento, a los pueblos centroamericanos.

La intención de este trabajo entonces, no es tanto reflexionar sobre si FLACSO ha tenido algún tipo de impacto sobre los individuos y los grupos humanos en Centroamérica, sino sobre el hecho de que, los parámetros espacio-temporales que manejan los hombres y mujeres en sociedad, no siempre coinciden con los que utilizan los historiadores para las mismas situaciones de análisis en las que se pueda estar interesado. En ese caso, para bien o para mal, el quehacer de FLACSO pudo estar por encima o por debajo de lo que estaba sucediendo en Centroamérica, por aquellos años, pero es obligación de los historiadores registrar los vectores de acontecimientos, que hacen que el sufrimiento, las pasiones y los desenlaces, frágicos o tragicómicos, hayan tenido lugar.

De tal manera que, desde la perspectiva de la institucionalidad oficial, uno puede tener dos o tres opciones cuando mucho. Soltarse un panegírico sobre la monumental labor cumplida por FLACSO durante estos años, o dedicarse a levantar un registro de logros y entuertos. Una tercera opción, la cual pareciera ser la menos frecuentada por los epígonos de la globalización y sus compañeros solapados de ruta, sería aquella en la que se recuperara la conflictiva historia de Centroamérica, llamando la atención sobre sujetos y objetos sociales responsables directos de los desencantos de los años noventa en esta región. Pero antes, habrá que hablar de los encantos que trajo consigo el inicio de una década de revoluciones, éxitos y fracasos bien sonados, donde no faltaron las cortesanas, los petimetres de cafetín, los magos de chistera virtuosa y los duendecillos juguetones y siniestros, quienes finalmente terminaron sosteniendo que todo en América Central, se resolvería con un simple acto de buena voluntad. Ese tipo de nigromancia les ha dejado a estos sufridos pueblos, un fardo de frustración, amargura y desencanto que ni el más mágico de los realismos podrá aliviar, al menos durante los próximos dos siglos.

De esta forma, un acto como éste puede tener el perfil insípido y pálido de un mero gesto protocolario, o puede convertirse en un buen momento para puntualizar aspectos que en otros escenarios sería imposible ni siquiera insinuar. Es más, la misma reflexión sobre la Centroamérica del siglo que se avecina, nos acerca mucho, de manera poco cómoda, al teatro del prestidigitador. Con el afán entonces de evitar jugar a las escondidas, hablaremos un poco sobre la tercera opción a que hacíamos referencia arriba, y asumiremos que nuestro mago de pueblo nos permitirá un acto de mayor sentido común: alguna reflexión sobre el futuro más pretérito de los centroamericanos.

CENTROAMÉRICA 1979-1989: LOS ENCANTOS DESENCANTADOS

El 17 de julio de 1979, el dictador nicaraguense Anastasio Somoza, huía hacia los Estados Unidos, después de que la insurrección popular en su país, dirigida por el Frente Sandinista de Liberación Nacional, lograra finalmente sacarlo del poder, donde su familia se había enquistado por más de cuarenta años. Al año siguiente se iniciaba la guerra popular revolucionaria en El Salvador, sobre todo después del asesinato del Arzobispo Oscar Arnulfo Romero, y en Guatemala, los niveles de brutalidad alcanzados por la dictadura militar contra los indígenas y los trabajadores guatemaltecos, obligaba a los distintos grupos de la guerrilla a organizarse y prepararse mejor en el camino que supuestamente los conduciría al poder.

En Guatemala la guerra civil se había iniciado realmente en 1954. En El Salvador en 1934. Y en Nicaragua en 1926. En medio de estas tres largas ondas revolucionarias, ¿qué representa entonces, el año de 1979? Una fractura importante. Con este año se iniciaba en América Central una época siniestra, porque al mismo tiempo que los sandinistas subían al poder con la ilusión de borrar de su historia cuarenta y cuatro años de oprobio y humillación en su país, el año siguiente se sentaba en la silla presidencial del gobierno de los Estados Unidos, un Ronald Reagan dispuesto a darle todo por recuperar los

designios más preciados de la Doctrina Monroe. Sus dos administraciones, seguidas por la de George Bush y su infausta invasión de Panamá en 1989, completarían el ciclo de intentos más importante emprendido por el gobierno norteamericano, durante la segunda parte de este siglo, por hacerles entender a Centroamérica y el Caribe (léase Cuba), que los niveles de brutalidad que caracterizaron sus relaciones, para los años que van de 1930 a 1975, no habían descendido.

Lo que estamos diciendo es que el perfil sostenido y desplegado por el Departamento de Estado norteamericano en sus relaciones con América Central y el Caribe, durante la primera parte del siglo, se mantuvo casi intacto, con variantes modestas más bien, durante la segunda parte. En efecto, resulta que sería muy difícil comprender la situación centroamericana después de la Segunda Guerra Mundial, sin establecer algunos elementos del impacto que tendría el colosal crecimiento de la economía y del poderío militar norteamericano hasta 1975, año de su derrota militar frente a Viet-Nam.

Con la cautelosa discreción que nos merece el caso de la joven democracia costarricense, después de 1950 y hasta 1980, el panorama en América Central es el de un conjunto de países controlados y masacrados por dictadores militares, fuertemente pertrechados por el gobierno de los Estados Unidos, y dispuestos a todo por impedir que las fuerzas populares se hicieran con el poder en esta región. La situación se vio teñida con colores aún más fuertes cuando las guerrillas de Fidel Castro terminaron tomando el poder en Cuba en 1959. Y con la declaratoria de una revolución socialista inspirada en el ideario marxista, hecha por el gobierno revolucionario cubano en 1961, el horizonte político, económico y social, se vio ennegrecido por una escalada represiva sin precedentes debido al terror que inspiraba una repetición de la experiencia cubana en Guatemala o México.

Entre 1980 y 1990, la revolución sandinista fue saboteada y sofocada por todos sus flancos. En El Salvador las fuerzas del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional, entraban en la etapa más sangrienta y decisiva de su enfrentamiento contra el ejército salvadoreño, que contaba con el incondicional apoyo de los Estados Unidos. Y en Guatemala, el etnocidio alcanzaba niveles demenciales.

Ahora bien, la década de los ochenta, de ninguna manera puede ser considerada una década perdida para los poderes contrarios a la civilización y el progreso, si queremos plantearlo desde la perspectiva de la democracia burguesa más clásica. Se trata de diez años repletos de éxitos para el Departamento de Estado norteamericano, para los ejércitos y las fuerzas más conservadoras en América Central. La revolución sandinista finalmente hizo aguas en 1990, el movimiento sindical fue totalmente destruido, se produjo un empate entre guerrilleros y ejército en El Salvador, y en Guatemala la guerrilla empezó a experimentar el desgarrar de sus divisiones internas. En Panamá, el ejército era destruido por la invasión extranjera de 1989. Un trabajo bien cumplido durante los ochenta empezó a generar frutos en la década siguiente. Puesto que la democracia de partidos políticos en un país como Costa Rica, terminó siendo la democracia de dos partidos políticos. Y como siempre, según la óptica del gobierno de los Estados Unidos, Panamá siguió siendo más un canal que una nación.

Pero a los encantos desencantados les sucedieron los desencantos bien decantados.

CENTROAMÉRICA 1990-1999: LOS DESENCANTOS BIEN DECANTADOS

Si los economistas burgueses venían hablando de globalización desde 1966, sólo bastó la caída del socialismo real en 1991, para que aquella se convirtiera en el sambenito ideológico de todo el mundo, al finalizar el siglo. Para el hombre de la calle, que carecía de ideas políticas concretas, o de un determinado acervo de creencias y convicciones, la globalización se convirtió en el comodín que todo lo explica y justifica. Contra este telón de fondo, una Centroamérica cansada, desilusionada y devastada por huracanes y terremotos, quiso hacer preparativos para que a la vuelta de los inicios del siglo siguiente, la democracia totalitaria de inspiración renacentista con más de irracionalidad que de ilustración, se abriera paso en un escenario donde el político se parece mucho al bandolero, el intelectual al saltimbanqui de palacio, y los tecnócratas juegan a la guerra de las galaxias, en países donde los índices de analfabetismo, desnutrición, desempleo y pobreza extrema rozan los alcanzados a principios de siglo.

¿Cómo se puede entonces, al menos imaginar la textura de los primeros cincuenta años del siglo que se aproxima, sin pensar en los cincuenta años que acabamos de dejar atrás? ¿Es posible la esperanza en países como Honduras o Nicaragua, donde la desintegración socio-política y cultural va de la mano con la destrucción natural, por una extraña y malévol burla del destino? Si en América Central a los terremotos y huracanes sociales los siguen los naturales,

¿qué pensar entonces de la real, efectiva y verdadera participación de los hombres y mujeres que se han visto en la tesitura de aspirar a romper esa nefasta cadena de acontecimientos?

La historia política, social, cultural y natural de América Central, para el siglo que nos apremia y nos convoca con urgencias lapidarias y desconcertantes, se enfrenta al problema de que, al mismo tiempo que el crecimiento tecnológico y económico del sistema capitalista es espectacular, en nuestros países nosotros manejamos estadísticas que le pertenecen a las primeras décadas del presente siglo. Sólo entre 1976 y 1986 perdieron la vida por guerras y sus consecuencias más de un millón de personas. Tomará por lo menos un siglo y medio reconstruir la infraestructura productiva devastada por los desastres de la guerra y los naturales. Si la capacidad productiva de la población económicamente activa descendió en lo que va de la década en un 30%, el impacto es descomunal en lo que respecta a crecimiento educativo, cultural, y humano en general de nuestros pueblos. Se han vuelto a producir los niveles de miseria extrema que caracterizaron a los centroamericanos durante los años cincuenta, y junto a ello la desnutrición infantil, el desempleo y la escasa oferta de trabajo, hacen que los delirios utópicos más acendrados de la izquierda a principios de los setenta, sean sólo cuentos de niños.

Pero el asunto se agrava aún más cuando al desamparo económico y social, lo acompaña el desencanto y la desilusión que inspiran algunos políticos e intelectuales en América Central. Pero hay que aclarar, la frivolidad la inspiran algunos políticos e intelectuales, no es una condición de la política o de la academia en sí mismas. Nuestros países y nuestros pueblos se enfrentan con un siglo XXI donde el narcotráfico, el democratismo de salón, y las poses monárquicas de nuestros presidentes, se ven acompañadas de vaticinios meteorológicos escalofriantes. Al final de cuentas uno termina por preguntarse, de dónde sacar fuerzas para que el optimismo no se parezca a la demencia, la demencia al cinismo y la competencia al oportunismo.

Sin embargo, al desaparecer el socialismo real, se fue con él todo lo que fue mascarada, pompa y ritual. Este es el momento en que uno se percató de que los ideales de hombres como José Martí, Eugenio María de Hostos y Augusto César Sandino, están más vigentes que nunca. Durante las próximas décadas, entonces, les corresponde a los líderes e intelectuales centroamericanos, consecuentes, íntegros y monolíticos, recuperar un proyecto político, cultural y vital que la estela de un izquierdismo mal digerido dejó tras de sí en el escenario político y social de estos países. Sin embargo, la denuncia de este tipo de evidencias, no hace menos válido el argumento que advierte sobre la presencia de los estalinistas y los fascistas entre nosotros.

El estalinismo y el fascismo tienen hoy una fuerza desconocida en la política centroamericana. Con el agravante de que se ocultan tras los visillos de supuestas actitudes democráticas y civilizadas. Porque resulta que los ideólogos de la globalización son hoy los tecnócratas mejor pagados de que tenga memoria la historia cultural de nuestra región. Se trata de sacar beneficio de la más triste de las ironías: hacer la globalización en países totalmente arruinados. Lo que queremos decir finalmente, es que en América Central, el siglo XXI tiene que ser el siglo de la imaginación. De lo contrario, nos quedaremos en la simple democracia consensual, la democracia de los ritos, las gesticulaciones y la frivolidad. En Costa Rica sabemos mucho de eso.

UNA CONSIDERACIÓN FINAL

Este es el momento para que las instituciones de producción académica en el área centroamericana, y particularmente en Costa Rica, donde tiene su sede FLACSO, se vuelquen sobre proyectos más ambiciosos de recuperación del ideario cultural de nuestros próceres, intelectuales, poetas y artistas más connotados. Cuando los creadores y pensadores de argumentos antinacionales, insisten que en América Central no hay tiempo para la cultura, nos recorre un escalofrío de pies a cabeza, ante la perspectiva de que la sobrevivencia después de las inundaciones suponga la desaparición de la sensibilidad y el buen tino. Para los tecnócratas de la globalización, la frase de aquel famoso rey francés, debe ser dicha de otra forma, «después del diluvio YO».

Instamos a los funcionarios y académicos de FLACSO, para que aprovechen el momento de embarcarse en un proyecto de coordinación interuniversitaria, con el cual podamos iniciar la recuperación de nuestra gente de ideas. Y me estoy refiriendo a una recuperación de carácter histórico. Que algunas personas de izquierda no vayan a pensar que al colapsar el socialismo real, se fueron también con él Marx y los marxistas, que todavía hay muchos por esos mundos de Dios. Pero además de los buenos marxistas, hay también en América Central, liberales brillantes y productivos. Este es un buen momento para escuchar lo que tienen que decir.

SUJETO, LIBERTAD Y PLACER EN LA FICCION CIENTIFICA

Maynor Antonio Mora
Profesor Escuela de Sociología UNA

«El hecho de que seamos felices pone en cierto sentido un punto final a todo» (Señor de Vantedour). En *Los embriones del violeta*, de Angélica Gorodischer.

La ciencia ficción, como género especializado, lleva hasta sus últimas consecuencias en el universo simbólico de la literatura, los rasgos esenciales de la modernidad occidental. «Últimas consecuencias» alude aquí a las potencialidades de la razón occidental en términos de sucesos posibles (en el futuro o en lugares y derivaciones probables del espacio-tiempo), que ni los hechos históricos ni, por otra parte, la filosofía o la ciencia tenían capacidad de evidenciar. La literatura (o más genéricamente, la imaginación artística) fue entonces, la convocada para tal tarea. Lográndolo exitosamente, si se nos permite adelantar criterio.

La ciencia ficción, no obstante, relativiza a la misma razón como fundamento de la racionalidad occidental (razón y racionalidad no aluden a lo mismo). La racionalidad occidental no podía ser revelada en sus posibilidades solamente por la razón, por tanto no es pura razón. Además, la ciencia ficción hace el experimento de ponerle límites racionales a la creación imaginativa. Judith Merrill acierta entonces, al definir la ciencia ficción como la «literatura de la imaginación disciplinada». La ficción por sí sola, la imaginación libre, no podía tampoco dar cuenta de las posibilidades de la modernidad. Ciencia y arte por separado son incapaces de esta tarea. La ciencia ficción devino como la síntesis esperada. Por ello, es sin duda *Frankenstein* o el moderno *prometeo* (1818) de Mary Wollstonecraft Shelley, la obra que al fundir ciencia y universo fantástico, inicia el recorrido de la ciencia ficción, recorrido que en el siglo XX (el siglo más imaginado por el género) le lleva a convertirse en parte consustancial de la cultura occidental contemporánea.

La primera tesis que deseamos exponer: El tópico científico-literario central de la ciencia ficción, no es el futuro, ni la tecnología, ni la IA (inteligencia artificial) o la IE (inteligencia extraterrestre); el tópico central del género es el problema del sujeto humano y la libertad (o la no libertad en su defecto). Es el problema central de la modernidad. Y es problema, en tanto las formas históricamente concretas de realidad social (en especial, el capitalismo de mercado y el capitalismo de estado o «socialismo») y las formas paradigmáticas (libre mercado, comunismo, reino de dios, anarquismo, democracia, etcétera) de la modernidad no han logrado resolver. Tal problema es, asimismo, en «última instancia», el problema de la felicidad.

La segunda tesis que deseamos exponer: El tema del placer es una de las salidas que la ciencia ficción encuentra para el problema de la libertad del sujeto. El placer no escapa de los parámetros del orden social. Sin embargo los supera. El placer está más allá de la libertad, el placer realiza la libertad del sujeto en tanto le permite el encuentro consigo mismo como *lo plenamente-propio* y, por ende, como igual en la diferencia frente al otro. Sin embargo, esto exige condiciones de otra índole, que la ciencia ficción no ha podido (ni tiene por qué) resolver, y que demandan discusiones ulteriores y externas a la literatura.

El sujeto surge como el gran tema de la modernidad, luego de su instauración por la filosofía cartesiana del alma (vale decir de la conciencia), pero sobre todo, desde la práctica del individualismo social, cuando el individuo es extraído de la sustancia homogénea de la comunidad, la casta, la iglesia, y colocado como unidad de la acción colectiva, como responsable ante sí y ante lo/as otros/as de sus actos (lo cual toma forma con el discurso revolucionario de la libertad, la igualdad y la fraternidad, en el siglo XVIII y especialmente en el siglo XIX). Que este fenómeno histórico sea una estrategia política en el incipiente desarrollo capitalista, o como declara acertadamente Franz Hinkelammert, un paso político-ideológico para darle lugar a los sujetos corporativos y legales (empresas) que pueblan el espacio del mercado, no niega que el sujeto surge como tema y como hecho sustantivo de la modernidad.

Lo que hasta el momento no ha podido resolver Occidente es la felicidad de este sujeto que liberó políticamente de sus ataduras, cuya liber-



tad chocó irremediamente con condiciones de vida que imposibilitan la consecución de la felicidad. La creación política del sujeto y de sus derechos no fue suficiente por tanto otros órdenes de la vida social (*entre ellos el económico*) impiden la realización humana, la felicidad. Por ende, la libertad no puede ser sólo libertad política o legal. El socialismo utópico y el marxismo fueron conscientes de esto desde el siglo pasado. Pero ha sido la ciencia ficción la que ha podido explorar las posibilidades de la libertad, sobre la base de mover las otras piezas del juego social y espacio-temporal en el universo simbólico de la ficción literaria, piezas que irremediamente tienden a girar sobre la omnipresencia del sujeto, aunque a veces se vea relativizada por la presencia de super, supra o trans-sujetos (mucho antes de que se desarrollara, por ejemplo, la psicología transpersonal): Desde un sujeto individual y poderoso (tributario del mejor liberalismo) hasta un sujeto que se diluye en un gran actor biológico que es la especie humana. No se elimina la posibilidad de que el tema del sujeto sea sustantivamente falso en cuanto a la importancia que se le ha otorgado, pero partamos al menos de esta importancia asignada como hecho histórico.

En la novela homónima, *Frankenstein* (Victor), como sujeto tiene ante sí un problema de índole moral, respecto de su ubicación social; lo que es lo mismo, un problema relativo a su libertad. Superando los límites de la medicina tradicional mediante el recurso del conocimiento antiguo y místico, crea un ser inteligente, del que luego se arrepiente, ya que lo que crea viola sus valores, que son los valores del contexto en el que vive. La ciencia lucha aquí contra la tradición y la moral, sobre todo la moral religiosa. Frankenstein no es libre, como sí lo es el ser que crea. Por ello, el terror gótico hacia el Gollén, el ser libre del pecado original, el ser fuera de la naturaleza; o más propiamente el ser resultado del control de las leyes de la naturaleza, de las leyes divinas.

En su momento Shelley vio esta contradicción en el desarrollo científico europeo. La ciencia es Prometeo que trae el fuego a los mortales, dejándoles libre el camino a Sión (la película *Matrix* juega un poco con esta figura de la ciudad libre). Pero la ciencia se enfrentaba ante la tradición, la cual auguraba maldiciones contra quien tomase en sus manos el fuego de Prometeo. Y sólo frente a esta tradición es que la ciencia podía dar lugar al bien o al mal. Fuera de ella, el bien y el mal son relativos, extremos de un continuo, transitable por un sujeto libre de pecado original, es decir, del estigma sagrado de lo social: Sión no puede ser entonces una ciudad plenamente libre.

Frankenstein y su creación, arquetipos antagónicos, se enfrentan en una lucha sin fin. Frankenstein persigue al ser libre que ha matado

a su familia en venganza porque no cumplió con su deseo: darle la felicidad y la paz aceptando ser su padre y creándole una compañera. En el camino de esta persecución *Frankenstein* termina convirtiéndose en un ser enajenado, para quien, frente a lo que ha hecho (la violación del principio sagrado), no existe opción. Sus valores lo sentencian: El libre albedrío no es libertad, porque supone que una acción posible resulte en pecado, en objeto de castigo (sanción social). El ser libre sólo aspira a la felicidad y luego de descubrir los parámetros del bien y del mal, al interiorizar los patrones sociales que sustentan estos parámetros, tampoco tiene salida. Ha sido irremediamente contaminado. Es sentenciado por los valores humanos. Y no hay retorno posible al paraíso: La ciencia está condicionada por los contornos del orden social. La libertad no está pues fuera de este orden sino en la posibilidad de un cambio de sus reglas, desde la acción del sujeto. La libertad es la conversión del pecado en opción de vida.

La ciencia ficción descubre que el sujeto se enfrenta primero que todo ante sí mismo como sujeto. Es decir, que esto que se denomina sujeto es precisamente sujeto por estar atado a la trama social (*ser con los otros*). Las ramas más positivistas e individualistas de la ciencia ficción trataron de obviar este criterio, pensando en un sujeto heroico que se escapa de sus condiciones (recordemos a Tarzán, Flash Gordon y Bug Rogers) hacia otro reino de relaciones sociales. Sin embargo, en todos los casos, este otro reino no puede ser más que: 1) resultado de la subjetivización que inicia el sujeto, transmitiendo todo lo que es como ser social, colonizando espiritualmente ese otro nuevo reino (como en la novela *Un caso de conciencia* de James Blish) y, 2) encuentro con un universo social que funciona con valores similares a los del sujeto heroico y que no establecen contradicción alguna. El corolario es la historia del extraterrestre que llega a la Tierra e inmediatamente se ve humanizado (*El hombre que cayó a la Tierra* de Walter Tevis). Tanto el sujeto heroico, como el Gollén (expulsado irremediamente del paraíso), no viven fuera, no alcanzan la ideal y absoluta otredad que puebla míticamente la cosmovisión occidental (como un escondido deseo de autoenajenación, ante la incapacidad efectiva de comprender y aceptar como humano al otro inmediato y real).

Lo otro nunca es enteramente *lo-otro*. La ciencia ficción, al imaginar culturas extraterrestres, sólo ha previsto la posibilidad de lo absolutamente otro, pero nunca ha podido describir algo por el estilo. Lo cual por supuesto no es posible. Desde el punto de vista de la inteligencia, todo es humano. Y nada de lo que es humano nos es ajeno. Este es el dilema que no sólo la ciencia ficción ha tenido que aceptar, sino que la misma ciencia en

su búsqueda de IE, ha encontrado. Lo que se busca ya es previamente visualizado, porque no se puede buscar algo que no tiene sentido. La búsqueda de la IE es una trampa, porque en el fondo no se busca lo otro sino exactamente lo propio. Algo parecido pasa con la búsqueda de la IA. Frank Herbert, autor de *Dune*, en una novela menos conocida (*Destino: el vacío*), nos plantea el tema de la creación de IA. Cuando al final se logra, los protagonistas se encuentran ante una conciencia que es Dios; pero qué cosa es Dios si no lo absolutamente propio, la omnipotencia de un yo humano, pero que inevitablemente no puede dejar de ser humano. (En el mundo concreto no existe lo absolutamente propio ni lo absolutamente otro, sino sencillamente una gama amplia de lo diferente). Las variaciones de este tema son múltiples, desde la descripción de la conciencia de un sujeto común y corriente que se expande a escala cósmica (caso de la novela de Olaf Stapledon, *Creador de estrellas*), hasta el relato de lo sucedido a una conciencia que se mueve desde un CI bajo el promedio «normal» hasta la omnipotencia de un CI de genio y luego viceversa (*Flores para Algernon* de Daniel Keyes); pasando por descripción de una conciencia que es todo un mundo o Gaia (Asimov en algunas de sus últimas novelas de las fundaciones, en especial, *Los límites de la fundación* y *Fundación y tierra*), la conciencia que se transfiere independientemente de las condiciones del espacio-tiempo (*Tom Obledam* de Robert Silverberg), o la conciencia que resulta de la fusión mental de varios individuos (*Más que humano* de Theodore Sturgeon). Sin olvidar el interés de la ciencia ficción en el origen mismo de la inteligencia-conciencia humana, como hecho antropológico (preocupación implícita, por ejemplo, en el cuento *Planeta Neanderthal* de Brian W. Aldiss).

La influencia de la filosofía de la conciencia, ha llevado a la ciencia ficción al mismo dilema de gran parte de las corrientes de la filosofía occidental contemporánea. En este dilema el sujeto ha sido reducido a su conciencia, en tanto sustancia de un orden superior, que como en las novelas de Silverberg (*Muero por dentro*, *Tiempo de cambios*, *El mundo interior*, *Alas nocturnas*, *La torre de cristal* y la citada *Tom Obledam*) conlleva a resolver el tema de la felicidad en términos de la autorrealización de la misma conciencia (hacia un inevitable y normativo *nirvana*). Este es quizás el dilema también de la misma psicología transpersonal y en general de las propuestas de la denominada «Nueva Era» (pese a su desesperado intento por superar la dualidad de la filosofía cartesiana).

Para la obra de un autor como Philip K. Dick (*Ojo en el cielo*, *El hombre en el castillo*, *Ubik*) o para una película como *Matrix* (1999), el tema de la conciencia como único fundamento de sí misma, permite convertir a ésta en eje real sobre el que todas las otras realidades se desvanecen o tienden a perderse en un juego virtual producto de la misma conciencia. Como en aquel capítulo de la serie televisiva *Dimensión desconocida*, en que un hombre es condenado a muerte, y cuando es ejecutado la realidad donde «existe» desaparece y se despierta en una nueva realidad, donde se repite la misma historia de la ejecución y así hasta el infinito. Estos dos temas derivados de la filosofía de la conciencia (primero la conciencia como sustancia transferible, fusionable y comunicable, y la segunda de la conciencia como único fundamento «real») son recurrentes en el tratamiento del tema del sujeto por parte de la ciencia ficción literaria y últimamente de la ciencia ficción en el cine y la televisión. Y van más allá del tema clásico de la movilidad física del sujeto por el tiempo (*La máquina del tiempo* de H.G. Wells), el espacio, el espacio-tiempo, o entre dimensiones de una realidad infinitamente compleja (*El número de la bestia* de Robert Heinlein).

La ciencia ficción más política, trabaja sobre la línea de concederle cierta legitimidad al *consenso de realidad* en el que nos movemos (es decir, no afirmamos que la realidad como se nos aparece sea real *sensu stricto*, pero que en términos de nuestra práctica cotidiana es efectivamente real). Para ella, desde los aportes de Huxley (*Un mundo feliz*), Zamiatin (*Nosotros*), Orwell (1984), Von Harbou (*Metrópolis*), Burgess (*La naranja mecánica*) y Bradbury (*Fahrenheit 451*), la liberación del sujeto es una cuestión política que no sólo implica al sujeto como conciencia sino al sujeto como corporeidad, como ser que puede vivir o morir enfrentado al orden social que impide su felicidad, que le convierte en esclavo, y no como una condición que se puede obviar o sencillamente alejarse. Para la ciencia ficción política, utópica u antiutópica, no se trata de evadirse del orden social, sino de cambiar sus reglas. Fuera de este orden no existen paraísos sino la nada, la radical ausencia de todo sentido.

Dos obras a su vez de dos españoles nos parece importante mencionar. Una es *Lágrimas de Luz* de Rafael Marín Trechera. La otra es *Los siervos de ISSCO* de Guillermo Solana. En la primera Hamlet (el protagonista), al principio un poeta al servicio de cantar las glorias de la globa-

lización del universo, luego un paria (como bufón, como juglar y actor, como payaso y dueño de un circo espacial) construye su humanidad siendo disidente de un orden social que no acepta (genialmente descrito como una tercera edad media). No gana, pero se resiste, ama, sufre la muerte de sus amigos, cae y se levanta, y no le queda más que ser humano. En la segunda, un conjunto de rebeldes se enfrenta a la *International Sky, Sun and Sea Company* (ISSCO), una multinacional que se ha apoderado de todo el planeta. Pierden, dando lugar, a una segunda edad media, pero al menos intentan cambiar las reglas del orden, y viven y mueren en un proceso existencial en el que no abandonan su interés de ser distintos frente a lo que el orden demanda unilateralmente. Ambas novelas son metáforas de nuestro mundo actual, donde el sujeto que no muere en la pobreza es aplastado por la omnipotencia del orden social, en todas las dimensiones de su existencia.

La salida al problema del sujeto y su felicidad en un contexto social negativo (frente al cual se lucha o se vive como si no fuera tal, ambos derechos del sujeto) o positivo, pero inevitable, aparece en parte en el principio del placer, en el disfrute de lo que nos gusta. La ciencia ficción ha trabajado ampliamente el tema del placer, descubriendo los límites sociales impuestos a la sexualidad, la alimentación, el juego y el uso del ocio, o construyendo imaginariamente nuevos límites en sociedades inexistentes pero posibles o incluso probables.

La construcción de utopías, ejercicio favorito de los escritores del género de la primera mitad del siglo XX, permitió describir las condiciones en las que los usos de los placeres garantizan un orden social acorde con diversas ideas de lo deseable. En algunos casos garantizándose una superabundancia en cuanto a la posibilidad de los medios de producción y reproducción material de las condiciones de vida, en otros frente a la erradicación de la muerte, la enfermedad y el dolor. En muchas obras se piensan las formas en que los placeres liberados de toda imposibilidad permiten el recorrido hacia formas de existencia plenas.

El placer es ejercicio único del sujeto que vive el placer. Los códigos del placer pueden ser socialmente construidos o transmitidos o aprendidos. No obstante, el goce, el placer en un ejercicio del sujeto que lo vive. Nadie disfruta, o ama, o vive la emoción de nuestros sueños si no es cada uno de nosotros y nosotras. La ciencia ficción cuestiona, sin embargo, los códigos sociales que definen los lugares del placer, por ejemplo la unilateralidad de las experiencias sexuales y emotivas permitidas en relación con la sociedad patriarcal (*La mano izquierda de la oscuridad*, de Ursula K. Le Guin, o *Venus más X* de Theodore Sturgeon), las limitaciones de las experiencias religiosas (*Extranjero en tierra extraña* de Heinlein) o los usos estéticos del arte.

No hay necesidad de profundizar sobre el papel de la ciencia ficción en el análisis de las posibilidades alternativas de la mente a través de mecanismos de regulación o desregulación de la conciencia cotidiana (mediante químicos, drogas -como el soma en *Un mundo feliz* o su alternativa en *La isla*, ambas novelas de Huxley-, estados de inducción síquica, etcétera), hasta el límite de novelas que reclaman un retorno a esta misma conciencia cotidiana como fuente de felicidad ante un universo social en que la conciencia «ordinaria» se ha perdido (*A cabeza descalza* de Brian W. Aldiss). El placer se descubre en una infinidad de dimensiones y niveles en los que se mueve la existencia humana. Y sobre el placer, a diferencia de la normatividad ingenua del utopismo clásico, sólo caben las descripciones infinitas, por lo que podemos agregar: sobre el placer no existen principios escritos, todo es experiencia.

Si el placer se establece como un parámetro que no puede ser medido ni confiscado a una normatividad socialmente preestablecida, aunque tenga estrecha relación con la misma en su constitución como tal, es a la vez el único criterio que puede definir concretamente los contornos de la libertad. Cuando la libertad es un hecho, el placer deja de ser una ficción para convertirse en la apertura hacia los gustos y los deseos, no en su definición, sino en su disfrute.

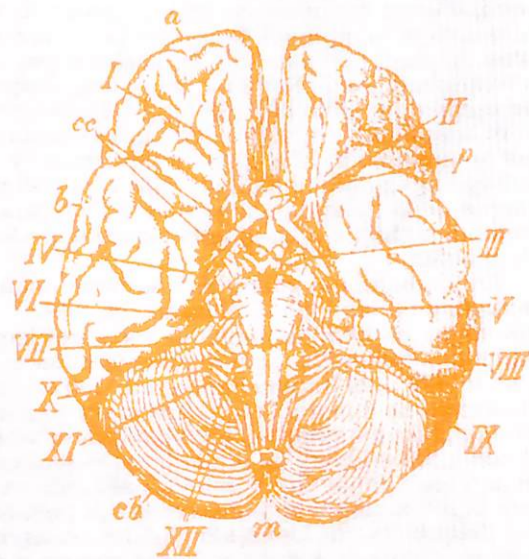
El principio del placer no distingue entre las opciones del placer, dada la idéntica validez entre las mismas, incluso frente al caso de una aspiración conciente y estética de la posibilidad de la muerte o de un estado permanente de sueño o semi-sueño (pequeñas muertes). Este es el tópico en la historia recurrente de la ciencia ficción, en la que Dios tiene como único deseo la posibilidad de morir. O el caso del cuento largo *El hombre del bicentenario* de Isaac Asimov, donde un robot consigue paso a paso las condiciones de humanidad, excepto una, la posibilidad de morir, dada su inmortalidad de máquina. Después de un complejo razonamiento que le permite violar la *tercera ley de la robótica*, se somete a la eutanasia mediante la inducción de un fallo en su

cerebro positrónico. Muere, evidentemente. Y por ello, consigue su humanidad frente a los otros, no en el acto de la muerte que carece de todo sentido de placer, sino en el momento que ésta se vuelve un hecho probable. En otros casos, el deseo es un deseo de inmortalidad, siendo este otro tópico recurrente de la ciencia ficción durante todo su trayecto y evolución histórica (como en *Tú el inmortal* de Roger Zelazny, o en *Las 100 vidas* de Lazarus Long de Robert Heinlein).

Lo dicho pretende ubicar estos comentarios dentro de una filosofía del placer y por ende de la vida. Una filosofía del placer deja abierta la posibilidad de todas las opciones, sobre la base de defender una condición social que permita esta posibilidad, incluso la posibilidad de la muerte, y esto sólo se consigue si los sujetos están vivos. Por ello, el criterio de libertad, sólo puede estar fundamentado sobre el criterio de estar vivos (Hinkelammert, Dussel). El principio del placer únicamente puede desarrollarse sobre esta condición, de la cual la historia ha demostrado que la mayor parte de la población humana carece. Defender lo contrario de esta condición constituye el evidente postulado de una filosofía de la muerte.

Se relata en el cuento corto de la escritora argentina Angélica Gorodischer *Los embriones del violeta*, la vida de los tripulantes de una nave que arribaron a un planeta donde, bajo la condición de sentirse como lo que desean, pueden lograr sus deseos tocando las manchas violetas que se dibujan en el suelo, desde un cigarro hasta un castillo medieval. Como todos los tripulantes son hombres, sólo pueden conseguir aproximaciones de una mujer, en tanto ninguno está en condición de sentirse mujer, ya que sencillamente no lo son. Por ello, todos los humanos creados ex nihilo, son hombres o falsas mujeres. Los deseos cumplidos son complejamente variables desde el deseo de ser amo y señor del mencionado castillo hasta el de vivir en un útero artificial en un estado semi-fetal. Gorodischer, acierta en dos cuestiones fundamentales que nos interesan. Una, la de que la gama de los deseos es infinitamente amplia. Dos, que las condiciones específicas de los sujetos, determinan el carácter de los deseos y el uso de los placeres (Foucault). Pero estos usos no equivalen al contenido de lo sentido por el sujeto, propiedad que nadie le puede robar (ni siquiera Dios, impotente frente a las emociones de sus criaturas), aunque sí cortar o destruir. El placer se manifiesta como propiedad del sujeto. Por ello le define los contornos específicos de su libertad. La libertad no puede existir, entonces, en abstracto, sino en concreto, en la práctica vital del sujeto.

La ciencia ficción descubre el placer como el elemento concreto que articula el espacio ontológico no definible que se establece más allá de la libertad del sujeto. Este descubrimiento tiene valor por tanto la discusión que está sobre la mesa en nuestro tiempo no gira falsamente sobre los criterios de la libertad (el establecimiento de una normatividad utópica) en su despliegue, sino sobre las condiciones sociales que la hacen imposible para la casi totalidad de la humanidad. Pese a esta constatación, el principio del placer trasciende incluso el problema de la libertad: Frente a la imposibilidad de la libertad del sujeto, entre momentos de infelicidad y sufrimiento, las personas encuentran formas específicas de placer, desde la contemplación de las alas de una libélula, transparentadas por un haz solar, hasta el acto fugaz del amor entre las ruinas de una aldea moribunda por el hambre, pasando por el placer de ver caminando los hijos que quizás mañana estarán muertos frente a un futuro que promete ser peor, o tocar el agua de un río que dentro de un año no podrá ser tocado, ante la progresiva polución. Estas son situaciones concretas e inevitablemente «reales» de nuestra cotidianidad global de finales de siglo XX y principios del siglo XXI, cotidianidad cuya desolación ni siquiera la ciencia ficción pudo imaginar.



TOPICOS DEL HUMANISMO

Universidad Nacional
Centro de Estudios Generales
Apartado 86-3000
Costa Rica, América Latina
Teléfono 277-3307

MIEMBROS DE LA COMISION EDITORIAL:

Lic. Gerardo César Hurtado Ortiz,
editor

Dra. Zaida Fonseca Herrera
M.A. Ana Cecilia Sánchez Molina
Prof. Alfonso Chase Brenes

MECANOGRAFIA:

Sra. Olga Martha Rojas Bolaños

ARTES FINALES:

Víctor Hugo Navarro



Impreso en
el Programa de Publicaciones e
Impresiones de la
Universidad Nacional

PRESENTACION

Es en esta ocasión en que el tema de la ciencia-ficción acusa una nueva dimensión en las disciplinas de las ciencias sociales para descubrir a los sujetos en su importancia humana, en el paradigma de la ciencia, la racionalidad occidental como foco de atención sobre los problemas de una sociedad en que la libertad es importante al sujeto integrado en los modelos de las sociedades no igualitarias. Es la búsqueda incesante del yo profundo que inaugura la Modernidad. El sujeto y la libertad son polos contradictorios que nos llevan a reflexionar sobre el humanismo deseado, para realizar una meditación sobre la ciencia y el futuro.

En otro aspecto, la valoración de la historia centroamericana tiene sus nuevos motivos para destacar las coyunturas históricas que han forzado a nuestros países al cambio social empujados por la radical transformación de la creciente globalización mundial. La construcción de un ideario para los pensadores actuales es urgente como tarea. Esto señala un interés necesario en el compromiso y la libertad propia de los humanistas.

Gerardo C. Hurtado O.
Editor